

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes
Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION
Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

La cruz del renegado

I

En el pueblo había nacido, allí se había criado y del pueblo había salido cuando tenía veinticinco años, para volver al poco tiempo con más miles de pesetas que pelos tenía en la cabeza, según decían sus vecinos.

¿Cómo había adquirido tanto dinero en tan poco tiempo? ¿Qué medios había empleado?... Hé aquí el misterio que las buenas gentes de Villanueva de... nunca habían podido conocer y sobre el cual corrían las más extravagantes versiones. Unos decían que una señora muy vieja y muy rica se había casado con él, dejándole a su muerte ocurrida poco después, en posesión de sus inmensas riquezas; otros no se contentaban con esto, y después de aconsejar el secreto se atrevían a decir que sabían de buena tinta que las había robado; éste decía una cosa, aquél otra, y cada cual añadía lo que le parecía, viniendo a haber, como dice un adagio, tantas sentencias como cabezas. Lo único que se sabía era que el tío Fernando, o «Don» Fernando, como le habían empezado a llamar desde que era rico, había marchado de Villanueva sin un céntimo en el bolsillo y había vuelto cargado de pesetas.

No era esta la única mutación que en él se había obrado: había otra más deplorable y que podía tener fatales consecuencias... ¡Con la pobreza había perdido la fé!... ¡Era incrédulo!...

Cuando en el pueblo se observó que nunca iba a la iglesia y que se burlaba con el mayor desdoro de todo lo más santo, se le empezó a dar el denigrante dictado de «El Renegado», y sólo cuando él estaba presente se le llamaba por su verdadero nombre.

La Religión, la Misa, la confesión y el mismo Dios no eran para él otra cosa que inventos de los curas para sacar el dinero a sus feligreses.

No tardaron sus perversas doctrinas en hacer eco en Villanueva, siendo uno de sus más aprovechados discípulos Domingo el barbero, que por haber estado un año en la capital de la provincia para aprender a medias su oficio, se creía más sabio que los siete de Grecia.

Allí era de ver la atención con que oía las lecciones de su maestro y las alabanzas que prodigaba a su «privilegiado» talento; a él hacía siempre su primera visita, con él paseaba y nunca tan contento como cuando estaba a su

lado escuchando con la boca abierta las mil y una mentiras que don Fernando le contaba.

—Lo mismo—decía en cierta ocasión el «sabio» maestro al «aventajado» discípulo,—lo mismo que pasa hoy a nuestros paisanos me ocurría a mí antes de ir a Madrid. Creía, como si un oráculo lo dijera, todo cuanto decían los curas; pero desde que fuí a la Corte y vi que allí era el hazmereir de todos mis amigos me convencí de que todo era una farsa... ¡Oh! ¡Madrid!... ¡Madrid! Allí es el vivir... ¡allí se progresa!... ¡allí se aprende a romper las cadenas con que el clericalismo tiene sujetos a los pueblos en un abismo sin fin de fanática ignorancia!...

Y el pobre barbero, admirado de tanta charlatanería, se convencía de que aquel hombre era un pozo de ciencia y hasta llegó a antojársele hacer un viaje a la capital de España pará volver al cabo de algunos años lleno de conocimientos y levantar a sus paisanos de la ignorancia en que yacían.

II

Era el 8 de diciembre, día en que la Iglesia celebra la fiesta de la Concepción Inmaculada de la Virgen.

A pesar de acercarse el invierno, el día no podía ser más hermoso; ni la más leve nubecilla enturbiaba el azul del cielo, pareciendo que Dios quería dar a conocer, por medio de tan apacible día, la hermosura y la pureza de su Madre.

En una extensa pradera que hay al norte de Villanueva paseaban dos hombres: eran los insuperables don Fernando y Domingo.

Acababan de dejar a la espalda la única calle que del pueblo conduce al lugar en que estaban, cuando en ella apareció otra persona que, sin fijarse en los dos paseantes, los siguió a pocos pasos de distancia: era don Bruno, el párroco de Villanueva, que por una providencial casualidad había ido a aquel sitio a dar su paseo de costumbre.

Absorto en la lectura de una revista caminaba, cuando llegaron a sus oídos estas palabras, que don Fernando, siguiendo su costumbre de reirse de lo más sagrado, dirigía a su compañero:

—Sí, decía: aun dando por supuesto que sea cierto eso que dicen del pecado original, no es posible que la Virgen haya quedado libre de él, porque, o ninguno lo tenemos, o sí lo tenemos, también Ella lo tuvo, pues lo mismo que cada hijo de vecino, era descendiente de Adán y Eva..., lo mismo que lo que afirman que fué Madre de Dios

y Virgen, pues si fué madre ¿cómo había de ser Virgen?... ¡Ja, ja, ja! ¡Esa es una tontería que a los curas sólo se puede haber ocurrido!...

De tal modo absorbía su atención la conversación que sostenían, que no advirtieron la presencia de don Bruno.

Sin querer había éste oído las palabras de don Fernando, y sin darse apenas cuenta de lo que hacía, volvió la hoja de la revista y apareció una preciosa copia de la Inmaculada de Murillo.

Hecho esto, de dos saltos se plantó delante de don Fernando, y enseñándole el hermoso grabado gritó, más que dijo:—¡He oído sus últimas palabras..., es usted un blasfemo!... ¡Aquí tiene usted la imagen de María..., ahí la tiene a sus pies!... (y al decir esto dejó caer al suelo la revista); ahí la tiene... ¡pisotéela de obra, ya que tan mal parada la han dejado sus satánicas palabras!... ¡Pisotéela, puesto que sus palabras le han arrancado la más preciada y brillante estrella de su diadema... ¡Pisotéela, y la ira de Dios le aplastará en este mismo instante!

¿Qué ocurrió entonces?... ¡Misterios de la gracia divina!...

Aquel hombre, que poco antes se movía descaradamente de lo más santo, empezó a temblar, y cayendo de hinojos, mientras levantaba del suelo la revista: «¡Perdón!—balbució — ¡Perdón, Madre mía!», y un torrente de lágrimas de arrepentimiento surcó sus mejillas.

Don Bruno lloraba y reía al mismo tiempo, dando gracias a Dios.

Así pasaron algunos minutos... De pronto don Fernando dió un grito desgarrador..., se puso pálido..., dejó caer la revista..., se oprimió el pecho con ambas manos y cayó al suelo diciendo con voz casi imperceptible:— ¡Gracias, Virgen Santísima..., Vos me habéis salvado!... ¡Rogad a Dios por mí!...

Cuando le levantaron había muerto.

La enfermedad que hacía tiempo le venía aquejando se había agravado con la viva impresión que le produjeron las palabras de don Bruno, y un vómito de sangre le había ahogado.

III

Al día siguiente apareció en aquel sitio una cruz de madera toscamente labrada.

Nadie supo quién la había colocado allí.

Cuando alguno pregunta a los moradores del país qué significa aquella cruz, dicen que es «La Cruz del Renegado».

PISTO.... INDIGESTO

—¡Señor, pequé, tened misericordia de mí!...

Por la conversión de los pecadores. Padre nuestro que estás...

—¿Hace mucho que empezó la misa, Maruja?

—Están en el Credo. ¿Cómo te descuidaste así?

—Ya ves, chica, me dormí.

—¿Qué tal el baile de anoche?

—Despampanante, brutal, característico chic.

—¿Y Pepe?... ¿se portó?...

—Está duro de pelar ese pollo.

—Espera, que tocan al «Sanctus»... Santo, Santo, Santo, Señor de los...

Mira, mira allí a Pepe... A que te viene siguiendo?...

—Puede... Trae como yo cara de sueño... ¿Vas a comulgar?

—Sí ¿y tú?

—También... ¿Qué dirían sinó las de Camelancio que todo lo fisgan y lo critican?

—Sí, son muy meticonas y muy murmuradoras. Dios nos libre de tales lenguas... sucias.

—Amén... Señor mío Jesucristo, yo no soy digna...

.....

—Está fresquita la mañana ¿verdad?

—Un poquito, hija, un poquito.

—Qué poca compasión tiene con nosotras la moda que nos «obliga» a traer estas mangas demasiado altas y este escote demasiado bajo...

—Ir contra tal «señora» sería hacer el «ridi.»

—Claro que sí, aunque se opongan Padres predicadores...

—Nos sigue Pepe, ¿no te has fijado?

—De sobra.

—Espera que voy al quiosco a comprar el diario.

—¿Cuál tomas tú?

—El católico para llevar a casa y por «parte» alguna revistilla de esas con «sal» y «pimienta» que tanto nos gustan.

—Sí, los periódicos católicos no aciertan nunca con nuestros deseos e inclinaciones.

—En cambio estas revistas y estos otros periódicos y novelitas nos entretienen la mar. Y a propósito. El otro día iba yo en el tranvía leyendo una de «La Novela Semanal»... espera... sí... esta era, y como un señorón que iba a mi lado vió esta mujer tan... así... de ligera, pues me llamó la atención...

—Qué majadero, qué poca educación.

—Yo le contesté que era muy dueña de leer lo que me pareciese y que a él nada debían importarles mis actos de los que yo sola era responsable.

—Muy bien contestado. ¡Habrás visto entrometido! Sería algún «padre de familia.»

—O algún viejo verde.

—¿Y a dónde vas esta tarde?

—Iré a la novena de la Inmaculada, pero saldré antes del sermón para ir al teatro.

—Bueno y hasta la hora de la novena ¿qué vas a hacer?

—Tengo aquella novela que me prestaste y que aun no terminé.

—Ah, sí... de Blasco Ibáñez.

—¿Qué estilo!... ¿Qué descripciones!... ¿Qué pasajes tan naturalistas!...

—Oh, demasiado naturalistas, muy provocativos... ¿verdad? ¿Te la vieron tus papás?... ¡No fastidies!...

—Mi papá sí y no me dijo nada. Mamá no, esa es muy santurrona: créeme que a veces me aburre con sus aspavientos y sus sermones.

—Lo de todas las madres. ¡Si fuéramos a hacerles caso?...

—Están anticuadas!...

—¡Anacrónicas!

—Vaya, adios, he llegado al hogar paterno, donde me esperan como hija laboriosa.

—Ja, ja, ja... Bueno, malas no somos para comparar con esas que andan por ahí llamando la atención, como la hija de mi portera que todo lo mezcla. Va a los sermones y luego pone a su madre como un guñapo de lo mal que la trata y anda con el novio por las esquinas...

—Las hay que ni de encargo. Nosotras al menos, en nuestra esfera, sabemos compaginar lo uno con lo otro: es decir, que ni somos exageradas con la religión ni con el mundo.

—De moda, chica, de moda.

Muy bien hecho

—¿Se puede pasar?

—Adelante.

—¿Tiene la bondad de enterarse de esta tarjeta?

—¿De modo que usted es el recomendado de mi amigo íntimo D. L. de R.?

—Para servirles.

—Efectivamente, necesito en mi despacho persona apta y de confianza, pero siento decirle que usted no me conviene.

—¡.....!

—Venía en el tranvía cuando usted y he tenido el disgusto de oír sus opiniones a «viva voz» contra el orden y la moralidad, y con franqueza se lo digo: tales «razonamientos» no son la mejor ejecutoria para conseguir puestos de confianza ni siquiera para crearse patente de honradez.

Y digo más, me extraña muchísimo que una persona tan digna por todos conceptos como mi amigo L. le haya recomendado a usted... a menos que delante de él «sea usted otro».

En fin, que puede retirarse y cuide de llevar sus ideas por buen camino, si no está usted perdido, joven.

DRAMAS DEL ALMA

I

Al rostro le miré: sus negros ojos
posáronse en los míos con amor;
y asomándose a ellos la inocencia,
dijo: —aquí reino yo.—

II

Al rostro le miré: sus mustios ojos
claváronse en el suelo con rubor;
y del fondo del alma rugió el vicio:
—el rey aquí soy yo.—

III

¡Caída infame desde el cielo al cieno!
¡Sacrilego destrono del pudor!
¡Ay del amigo que mató esa alma
—cuando le cite Dios!

ALBERTO RISCO, S. J.

Como hablaban los antiguos mártires

Nos place mucho publicar y guardar archivada en RELIGION Y PATRIA la siguiente carta que el R. P. Doncoeur S. J., ha dirigido al Presidente del gobierno francés Mr. Herriot, con motivo de la persecución religiosa que viene padeciendo la Iglesia en Francia, y que ha publicado el diario «La Acción française».

Es tan valiente, es tan viril, que recuerda las actas de nuestros mártires y puede ser ejemplo de cristiana firmeza a los que en estos días pasamos por la prueba de una persecución, ya abierta ya embozada, pero siempre de gran peligro para las almas.

Dice la carta:

«Mr. Herriot ha tenido el gran gesto de abrir de par en par los brazos todavía ensangrentados de Francia y ha perdonado a todos los miserables. Por la puerta abierta han pasado todos los culpables y todos los cobardes, los insumisos, los desertores y los traidores. Si vienen para servir y reparar yo aplaudo.

Peró esta misma puerta abierta a las fronteras, el mismo señor Herriot se la muestra a los religiosos que pasaron en 1914 para ir a la guerra.

Pues bien. ¡No marcharemos! No pasará la frontera ni un novicio, ni un sacerdote, ni una religiosa. ¡Eso nunca!

He vivido doce años en el destierro, de los 22 a los 34 años; toda mi vida de hombre. Os lo perdono. Pero el 2 de agosto de 1914 a las cuatro de la mañana exclamaba de rodillas ante mi superior: «Mañana estallará la guerra, mi lugar está en el fuego».

Mi superior me dió su bendición, me abrazó y marché en auxilio de la patria. Sin orden de movilización, sin cartilla militar, corri hacia Verdún. El día 20 de agosto, a través de los puestos avanzados, socorriendo heridos, fui sorprendido por una descarga de fusilería alemana. Un soldado que me acompañaba caía tendido sobre el camino, con la cabeza acibillada a balazos. El puesto alemán estaba a treinta pasos. En aquel momento sentí que mi corazón protegía y amparaba a toda mi patria. Nunca había respirado el aire de Francia con tanta bravura y orgullo, ni puse mi pie en su suelo con tanta seguridad.

No comprendo todavía cómo no me mataron entonces y veinte veces más después. El 16 de setiembre fui hecho prisionero frente a Noyón, en pleno combate. En noviembre, estaba otra vez en Francia y en diciembre volvía a la línea de fuego con el regimiento 14 de Belfort. Con él me batí treinta meses en las cercanías de Mezieres hasta el 11 de noviembre de 1918. Tres veces fui herido. La última vez por la explosión de un obús en el Somme. Y hoy, repatriado ¿qué crimen he cometido, para que me enseñe usted la puerta?

Está usted de broma, señor Herriot. Pero no se bromea con estas cosas.

Jamás durante cincuenta meses ha venido usted a encontrarme, ni a Tracy le Val, ni a Crouy, ni a Souian, ni al castillo de Vaux, ni a Brimont, ni a la trinchera 304, ni a Tahure. ¿No le he visto en ninguna de estas partes y tiene la osadía de echarme?

¡No lo crea usted!

Ni yo, entiéndalo bien, ni ningún otro

—pues todos los que tenían la edad para batirse se han batido—ni ninguna mujer, emprenderemos el camino de Bélgica. ¡Eso nunca!

Hará usted cuánto se le antoje, se incautará de nuestras casas y haciendas, nos abrirá las cárceles, etcétera. ¿Pero partir como lo hicimos en 1902? ¡Jamás!

Hoy tenemos más sangre en las venas y, como soldados de Verdún, hemos aprendido lo que es aferrarse al terreno. No tuvimos miedo de las balas, ni de los gases, ni de los más valientes soldados de la Guardia prusiana; no temeremos ahora la emboscada de la política. Y no saldremos, no porque nos asuste vivir al azar. Nada tememos, y nada nos interesa y atrae; ni el hogar ni el campo raso. Jesús nos espera siempre en todas partes.

Pero no marcharemos porque no queremos que un belga, un inglés, un americano, un chino o un alemán nos encuentre un día lejos de nuestro país y nos dirija ciertas preguntas a las cuales tendríamos que contestar, como antes, bajando la cabeza: «Francia nos ha echado».

Por el honor de Francia, nunca diremos esa frase a un extranjero. Así, pues nos quedaremos todos. Lo juramos sobre la tumba de nuestros muertos...»

La educación para ser realmente tal, debe ser católica

Así se expresó el pasado mes de agosto en Dublín uno de los más afamados literatos ingleses, Mr. G. K. Chesterton, prominente un tiempo en las filas protestantes, y hoy ferviente católico. Recordarán nuestros lectores el revuelo que excitó entre los protestantes ingleses la conversión de este hombre, de fama tan universalmente reconocida, al catolicismo. Ni había para menos; pues no se les escondía el golpe que con tal conversión recibía el carcomido protestantismo, sostenido únicamente a fuerza de dinero y de toda clase de inyecciones muy en consonancia con las inclinaciones de la naturaleza y con las excentricidades del siglo. Era una prueba más de aquel adagio, a saber, que de los protestantes se hacen católicos los mejores entre ellos, y de los católicos se hacen protestantes el deshecho del catolicismo.

Pues bien; Mr. G. K. Chesterton, ante numerosa y selecta concurrencia, en la que aparecían hombres prominentes en la sociedad, muchos diputados, senadores y el mismo Presidente de la República, Mr. Cosgrave, probó que la educación para ser verdaderamente tal, debe ser católica, y que la historia y los hechos demostraban que toda educación que se había separado de la dirección y de la enseñanza de la Iglesia Católica, no solamente se había desviado de la verdad, sino también de los hechos mismos.

Si examináis desapasionadamente la cuestión, añadió, encontrareis que donde quiera que se ha establecido la escuela laica o protestante, necesariamente se ha seguido el que se desconoz-

ca la historia de Europa de mil años atrás, y no se esté en disposición de comprenderla. En realidad, los modernos racionalistas de la protestante Inglaterra y de entre los incrédulos de Francia, han sido, en el verdadero sentido de la palabra, hombres sin educación histórica ni filosófica...

¡He aquí la clave de tantos disparates históricos y filosóficos que con tan desvergonzado desplante profieren esos hombres y todos esos enemigos de la Iglesia Católica; falta de conocimientos exactos de la historia y de la filosofía y sobra de odio y de rebajamiento moral!

Concurso escolar

Damos por feliz la idea de este Concurso, él nos ha traído considerable número de cartas a cual más satisfactoria, unas de felicitación, otras animándonos a repetirlos con frecuencia por lo que contribuyen a divulgar RELIGIÓN Y PATRIA a crearle más simpatías y a estimular en los niños el amor al estudio y a la buena conducta.

Véase lo que dice una de estas cartas que tanto nos complacen y animan. Y no citamos más porque no se crea que queremos «darnos pisto».

«S'Arracó (Mallorca), 6 de noviembre de 1924.

No podrá usted figurarse de qué manera ha caído el «Concurso Escolar» en los colegios de mi parroquia, cuyos maestros son suscriptores de RELIGIÓN Y PATRIA. Como cae el rocío de la mañana; como desciende aquella lluvia que dulce y lentamente se derrama sobre los campos agostados por larga y dolorosa sequía y los resucita, así señor, gracias a la Infinita Providencia.

El mismísimo día en que hice la repartición del quincenario, ya tuve la grata visita de la señora maestra Nacional, la cual agradablemente impresionada, díjome, antes de sentarse, «señor Económico: sabrá que en clase, desde que leí el periodiquillo, tengo más Santitas». Yo le contesté; señora maestra, este Concurso Escolar es «muy político» ¿Me entiende, señor Ortea?

Así me gusta, hay que tener idea. Imposible que su quincenal no sea una crisálida que, en tiempos no lejanos, no haya de convertirse en una hermosa y encantadora mariposa que vaya a posarse «semanalmente» (¡oh! gran Dios, haced este milagro) en el hogar de las familias.

¡Adelante! señor Ortea; el enemigo trabaja y se fatiga para propinar el veneno a las almas y asestarlas con sus malévolas armas la herida más sangrienta que producirles pueda, como es su muerte eterna».

Continúa esta carta con otras cosas que ya iremos diciendo y comentando otro día (D. M.)

Hemos de advertir también que la demanda de números es extraordinaria, tanto, que por habernos cogido de sorpresa la vez pasada sólo nos quedaron seis números para las colecciones, ¡nada más! ¡Qué éxito!

Para que este sea a medida de nuestros deseos y de los concursantes, sólo falta que los premios sean más de dos, ¡muchos! tantos como niños y niñas, modelos de aplicación y buen comportamiento, figuran en el Cuadro de Honor.

¡Las bases para qué repetir las? ya estareis todos bien enterados de ellas.

¡TRES PREMIOS MAS

Niños: Para este Concurso nos ha remitido el acreditado comerciante de esta localidad, calle de Jovellanos 27, don Julio Saiz Cuesta:

Una pluma estilográfica

Un lapiz de minas.

Son muy a propósito para vosotros y elegantes. Bien se lo podeis agradecer al espléndido donante que así muestra su interés por vosotros.

Niñas: Oh, qué muñeca tan hermosa, grande y de subido precio acaba de regalarnos, también para el Concurso, doña Consuelo Sirgo, viuda de Moris, calle de San Bernardo 41.

Verdaderamente se excedió en el regalo, pues nos envió de lo mejorcito que expone de esta clase de artículos, en su renombrado comercio, de gusto exquisito.

La niña que con esta muñeca resulte favorecida ¿para qué quiere más?

Nuestro agradecimiento a los donantes y que Dios se lo recompense con creces.

CUADRO DE HONOR

11. **Marino Fernández Zapico.**
Escuela Municipal de San Roque.—Ciaño (Langreo).
12. **Ruperta Encabo Palacios.**
13. **Mariano Golvano Lucas.**
Ambos de la Escuela Nacional de San Leonardo.—Soria.
14. **Engracia Alvarez y Alvarez.**
Colegio de la Anunciación. (Ave María). Natahoyo.—Gijón.
15. **Pepita Fuentes Pardo.**
16. **Alfredo Pico Alonso.**
Ambos del Colegio de Ntra. Sra. del Pilar. Corrida 77.—Gijón.
17. **Rodrigo Labra Rivera.**
Escuela de Corao-Castillo.—Cangas de Onís.
18. **José Lastra Suárez.**
Escuela Nacional de Párvulos. Calle de Concepción Arenal.—Gijón.
19. **Francisco Cipitria.**
Escuela del Ave María. Natahoyo.—Gijón.
20. **Irene González.**
Colegio de San Alfonso. Mesón de Paredes.—Madrid.
21. **Francisco Sánchez Hevia.**
Colegio Popular de Ntra. Sra. de Covadonga. Cabrales, 49.—Gijón.
22. **Lola Medina Alvarez.**
Colegio del S. C. de Jesús. Innerarity, 53.—Gijón.
23. **Dolores Morán García.**
24. **Antonio Calleja Fernández.**
Ambos del Colegio de Santa Isabel.—Gijón.

Es un hecho cierto que todos los pillos, revolucionarios y anarquistas, los borrachos de profesión, tunantes y callaveras, «todos cuantos llevan la sogarrastrando», son enemigos de curas y frailes.

Por otra parte, la gente buena y honrada, las personas caritativas y de respeto, les tienen general simpatía y aprecio.

